
EL DIOS DE LOS POBRES

José María Díez Alegría

Desde el año 1940 viví en Granada, estudiando teología. Una señora, familiar mía, a quien veía con frecuencia, me contó una anécdota que no he olvidado nunca. Era una mujer casada, madre de seis hijos, tres varones y tres mujeres. Persona muy religiosa, conservadora, pero con sensibilidad para el evangelio. Era extrovertida y con bastante sentido del humor. Practicaba la religión con intensidad. A pesar de las múltiples atenciones de su vida familiar y social, sacaba tiempo para colaborar en su parroquia. Era catequista de mujeres adultas. Un día me contó la anécdota que quiero referir aquí.

Entre sus catequizadas había un mujer todavía joven, muy pobre (en la Granada de los primeros años cuarenta, en que la pobreza era realmente muy severa), pero siempre alegre y muy risueña, vital. Un día le dice alguien a la catequista que la mujer había dejado a su marido y a sus hijos, y se había ido a vivir con un viejo. La señora, bastante benévola y comprensiva, pero con un sentido legalista de la moral cristiana, se sintió obligada a intervenir. Bondadosamente, reconvino a la catequizada:

- Mujer, tú tienes que estar con tu marido y con tus hijos, no puedes seguir con el viejo.

- Pues claro que sí, señorita -le replicó la mujer, alegremente-. Si es que el viejo se va a morir en seguida, y yo me voy a quedar con una casita que tiene muy apañada, me traigo a mi marido y a mis hijos, y tenemos el problema resuelto.

Un poco desconcertada, aunque también divertida, la catequista le objetó:

- Pero, mujer, es que eso es contra la ley de Dios.

A esto, la mujercita respondió con sencillez, con convicción y con su graciosa fonética andaluza, acorde con su carácter:

- No zeñorita, si yo con er Zeñó no tengo ninguna difi-curtá. Porque yo le digo ar Zeñó: Zeñó, tú me perdonah a mí y yo te perdono a tí, y estamos en pá.

Yo me quedé impresionado, y le dije muy de veras, a la catequista:

- La teología de esta mujercita pobre es más profunda que la nuestra.

Nunca me he olvidado de aquella anónima mujer, que padecía una extrema pobreza, que creía en Dios, y creía que Dios ama a los pobres, y no le pedía cuentas, sino que le perdonaba su incomprensible modo de ser, y no le tenía ningún miedo, y, en medio de una existencia dura y miserable, conservaba un fondo de alegría impercedera y de esperanza siempre abierta.

Ella, sin entender, captaba a Dios mejor que los teólogos. Y también mejor que los que no pueden creer en Dios, porque lo han juzgado y lo han condenado en su tribunal interior. A éstos los respeto profundamente, si son sinceros. Pero a la mujercita granadina de los primeros años cuarenta, a la que nunca conocí personalmente, le tengo levantado un monumento impercedero en mi corazón.